

El Padrenuestro

Por:
José María Iraburu



Carl Bloch (+1890), El Sermón de la Montaña

El culmen de la Plegaria eucarística, en cuanto oración magna de la Iglesia, es el Padrenuestro, que al mismo tiempo inicia el rito de la comunión. Comienza reiterando el *Santo* del prefacio –«santificado sea tu Nombre»–, asimila la actitud filial de Cristo, la Víctima pascual ofrecida –«hágase tu voluntad»–, y continúa pidiendo para la Iglesia la santidad y la unidad –«venga a nosotros tu reino»–.

Pero también prepara a la comunión eucarística, pidiendo el pan necesario, material y espiritual –«danos hoy nuestro pan de cada día»–, implora el perdón y la superación del mal –«perdona nuestras ofensas, líbranos del mal»–, y procura la paz con los hermanos –«perdonamos a los que nos ofenden»–. No podemos, en efecto, unirnos al Señor en la Eucaristía, si estamos en pecado y si permanecemos separados de los hermanos (Mt 6,14-15; 6,9-13; 18,35).

El Padrenuestro, rezado en la Misa por el sacerdote y el pueblo juntamente, es desarrollado por el sacerdote en *el embolismo* que le sigue: «*Líbranos de todos los males, Señor*», en el que pide la paz de Cristo y la protección de todo pecado y perturbación, «*mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo*». Y esta vez es el pueblo el que consume la oración con una gran doxología, que es eco de la liturgia celestial: «*Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor*»(Ap 1,6; 4,11; 5,13).

Conviene advertir que la renovación postconciliar de la liturgia ha restaurado la costumbre antigua, ya practicada por las primeras generaciones cristianas, de *rezar tres*

veces cada día el Padrenuestro, concretamente en laudes, en misa y en vísperas. «Así habéis de orar tres veces al día» (*Dídate* VIII,3). Merece, pues, la pena que nos detengamos a considerar el Padrenuestro, el momento orante más alto de la Eucaristía (cf. *Catecismo* 2759-2865).

* * *

El lugar y momento en que Jesús enseñó el Padrenuestro pudo ser en pleno ministerio galileo, a la mitad quizá de su segundo año de vida pública, dentro del *Sermón de la Montaña* (Mt 5-7), probablemente cerca de Cafarnaúm. Pero pudo ser en otro momento y lugar: «hallándose él orando *en cierto lugar*, cuando acabó, le dijo uno de los discípulos: *Señor, enséñanos a orar*, como también Juan enseñaba a sus discípulos» (Lc 11,1).

No obstante, hay tradición –fidedigna, según Lagrange– de que el PN lo enseñó Jesús en *el monte de los Olivos*, donde hasta hoy existe el templo *Boma*, cuyo origen está en Santa Elena, madre de Constantino, en el s. IV. El templo fue reconstruido por los cruzados: «lo que quedaba de Eleona». Una y otra vez destruido y restaurado, es la actual basílica del Paternóster, junto a la cual está el Carmelo del Padrenuestro –carmelitas descalzas de la Reforma teresiana (el *Camino de Perfección*, de Sta. Teresa, es un comentario al PN)–, fundado en 1876. Hay en su claustro 66 versiones del PN en otras tantas lenguas.

Conocemos tres versiones del Padrenuestro.

San Lucas (11,2-4) escribe su Evangelio para cristianos helénicos, que aún no saben orar. Resume la oración de Jesús en cinco peticiones concisas.

Padre -Santificado sea tu nombre. -Venga tu reinado. -El pan nuestro cotidiano dánosle cada día. -Perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros mismos perdonamos a todo deudor nuestro. -Y haz que no entremos en la tentación.

San Mateo (6,9-13) escribe su Evangelio ante todo para cristianos judíos. Y parece que el contexto del PN es el Sermón del Monte, donde Jesús enseña privadamente a discípulos ya creyentes: es *la nueva oración de los hijos*. Éstos no rezan ya como los *judíos* –la *Shemá* y la *Tefillá* de 18 bendiciones– (5,20-6,1.5-6), ni tampoco como los *paganos*, charlatanes, cuya religiosidad está en auge tras la caída de Jerusalén en el 70 (5,47; 6,7-8). El Señor enseña a los llamados al Reino cómo ha de ser la oración, la limosna y el ayuno: «así, pues, habéis de orar vosotros» (6,9).

-Padre nuestro que estás en los cielos. -Santificado sea tu nombre. -Venga tu reinado. -Hágase tu voluntad como en el cielo, también sobre la tierra. -El pan nuestro cotidiano dánosle hoy. -Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. -Y haz que no entremos en la tentación, -sino líbranos del Maligno.

Dídague (8,2) es un documento de la segunda mitad del siglo I, de origen al parecer sirio o palestino, destinado al

uso catequístico y litúrgico. Tuvo un gran influjo en la Iglesia antigua. Este venerable texto incluye en el plan vida cristiana rezar el PN «tres veces al día» (8,3), sustituyendo así los tres rezos judíos diarios de la *Tefillá*.

-Padre nuestro que estás en el cielo. -Santificado sea tu nombre. -Venga tu reinado. -Hágase tu voluntad como en el cielo, también sobre la tierra. -El pan nuestro cotidiano dánosle hoy. -Perdónanos nuestra deuda, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. -Y haz que no entremos en la tentación, -sino líbranos del mal. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

* * *

El valor inmenso de las oraciones vocales es premisa fundamental para apreciar el Padrenuestro, y concretamente el Padrenuestro litúrgico de la Misa. Ya traté del tema (272), y lo recuerdo ahora brevemente.

La oración vocal «es el modo de orar más humilde, más fácil de enseñar y de aprender, más universalmente practicado en la historia de la Iglesia, y el que más mantiene su validez en todas las edades espirituales... El cristiano, rezando las oraciones vocales de la Iglesia, procedentes de la Biblia, de la liturgia o de la tradición piadosa, abre su corazón al influjo del Espíritu Santo, que le configura así a Cristo orante. Se hace como niño, y se deja enseñar a orar» por su Madre, la Iglesia (Rivera- Iraburu, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 2008, 7ª ed. 305-306).

*El menosprecio de las oraciones vocales devalúa el rezo del Padrenuestro en la Misa, y ha de decirse, más aún, que cierra en gran medida la puerta a la espiritualidad litúrgica. Recemos el Padrenuestro –y toda la grandiosa oración que es la celebración de la Eucaristía– de tal modo que «la mente concuerde con la voz», según la norma tradicional de la Iglesia (Sto. Tomás, *STh* II-II,83,13; Sta. Teresa, *Camino Perf.* 25,3; 37,1; Vat. II, SC 90). Que no tenga el Señor que reprocharnos: «este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 7,6 = Is 29,13).*

* * *

Según la disciplina del arcano –«no dar lo santo a los perros... las perlas a los puercos» (Mt 7,6), la Iglesia antigua no enseñaba el PN a cualquiera, pues lo consideraba como la oración propia de los hijos de Dios.

La explicación catequética del PN se hacía a los *catecúmenos*, según las tradiciones diversas de las Iglesias, antes de la Pascua, para que en la Vigilia pascual lo rezaran gozosos con todos los fieles (Hipona, Ravena, Arles, etc.); o a los *neófitos*, en la semana de Pascua (Jerusalén, Antioquía, Milán, Poitiers, Toledo, etc.). En todo caso, dentro de la iniciación catequética era muy importante la *Traditio Orationis Dominica* (la entrega), como también, una vez aprendida de memoria y asimilado su contenido, la confesión (la devolución) de la misma en la Iglesia: *redditio Orationis Dominicæ*.

El PN es plegaria de pobres. Ante Dios omnipotente, nosotros en la oración reconocemos que somos impotentes tanto en el entendimiento, para recibir la verdad, como en la voluntad, para obrar el bien. Y esta convicción funda

«su imperio [el del Altísimo] es un imperio eterno, y su reino dura por todas las generaciones. Los habitantes todos de la tierra ante él, como si no contaran. El hace lo que quiere con el ejército del cielo y con los habitantes de la tierra. Nadie puede detener su mano o decirle: «¿Qué haces?»» (Dan 4,31-32). «Él lo que quiere lo hace» (Sal 113,11).

Por eso nuestra oración va del *impotente* al *Omnipotente*, y le decimos (siempre en pasivos teológicos): «santificado sea, venga, hágase, danos hoy»...

El PN es la síntesis total de la oración cristiana. «La oración dominical es, en verdad, el resumen de todo el Evangelio» (Tertuliano +220); expresa «todo lo esencial de nuestras oraciones» (S. Cipriano +258); es «la norma de la súplica» (S. Agustín +430) resume «toda nuestra oración». Así lo ha entendido siempre la Iglesia: «Es la más perfecta de las oraciones... No sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad» (Sto. Tomás +1274). Es una «preciosa síntesis de cómo debemos orar» (*Catecismo romano* 1V,1,1).

Expresa y fomenta en los cristianos el abandono confiado de los hijos en la providencia de su Padre. «Nos atrevemos a decir: Padre nuestro»... Y nuestra oración vale no en la medida en que ella nos agrade a nosotros, sino en cuanto agrada a Dios. Pero cuando

rezamos el PN estamos ciertos de que no hay oración que pueda ser más grata al Padre, pues oye en ella la voz de su Hijo amado, que ora en los cristianos en cuanto «Primogénito de muchos hermanos» (Rm 8,29). Es El quien con el PN nos introduce en la presencia del Padre: «henos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio» (Heb 2,13).

Es más: no solamente nos enseña el Hijo esta oración de los hijos, sino que nos comunica desde el Padre «el Espíritu de adopción», que *nos da espíritu filial para poder rezarla*, pues es Él quien clama en nuestro interior: «¡Abbá, Padre!» (Gal 4,6).

Es palabra de Jesús: «*Lo que pidáis al Padre, os lo dará en mi nombre*. Hasta ahora nada la habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo» (Jn 16, 23-24). «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lc 11,13).

* * *

La oración dominical nos enseña a «orar al Padre». «*Cuando oréis, decid: Padre*»(Lc 11,2): es la orientación final de toda oración cristiana: Padre, Padre nuestro.

Ésa es la voluntad explícita de Cristo. Eso es lo que el Espíritu Santo clama orando en nuestro interior. Ésa es la norma constante y universal de las liturgias de la Iglesia, porque, como dice Santo Tomás, *Cristo «nos enseñó a*

dirigir la oración a la persona del Padre» (In IV Sent. dist.15,q.4, a.5,q.3).

De hecho, todas las oraciones litúrgicas, y concretamente la gran Plegaria eucarística, se dirigen al Padre. Oramos «por *Cristo*, con él y en él, a ti, *Dios Padre* omnipotente, en la unidad del *Espíritu Santo*», que viene en ayuda de nuestra flaqueza y ora en nosotros con palabras inefables (Rm 8,26).

Por lo demás, sepamos siempre que al rezar el PN no confundimos entre sí las tres Personas divinas, ni las separamos, siendo eternamente inseparables, y que, por tanto, «cuando oramos al Padre, le adoramos y le glorificamos con el Hijo y el Espíritu Santo» (*Catecismo* 2789).

Pedimos al Padre con la confianza propia de los hijos. Y *en cierto modo, pedir es mandar*, al menos entre personas que se quieren. No pedimos-mandamos cosas a cualquiera («dame eso, tráeme aquello, acompáñame, ayúdame a levantarme», etc.), sino solamente a aquellas personas –1º sobre las que tenemos autoridad (subordinados), o –2º sobre las que tenemos ascendiente de amor (padre, hermano, amigo).

Atreverse a pedir-mandar al Padre (audemos dicere), como lo hacemos en el PN, significa que nos sabemos hijos de Dios y que vemos a Dios como Padre que nos ama: «venga tu Reino, hágase... danos hoy». Le pedimos-mandamos

hacer todo eso en favor nuestro, porque si Él ha querido hacerse «Padre nuestro», querrá darnos a «sus hijos» todo lo que necesitemos y nos convenga.

Pedimos con audacia filial. «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar», es decir, a aquellos que se reconocen «pequeños», es decir, niños, hijos (Mt 11,25-27). Esos somos nosotros, los que, siendo tinieblas, acogimos la Luz de Cristo, y nacimos de nuevo, no ya de carne y sangre, sino «de Dios nacidos» (Jn 1,12-13). Él ha querido establecer una Alianza de amor perpetua con nosotros, sellada en la sangre de su Hijo, asegurándonos a cada uno de nosotros: «Yo seré su Dios y él será mi hijo» (Ap 21,7).

«La expresión Dios *Padre* no había sido revelada jamás a nadie. Cuando Moisés preguntó a Dios quién era Él, oyó otro nombre. A nosotros este nombre [*Padre*] nos ha sido revelado por el Hijo, porque este nombre implica el nuevo nombre del Padre» (Tertuliano). «La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: “Abbá, Padre”... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a *Dios Padre* suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto?» (S. Pedro Crisólogo +450). Pedimos al Padre con toda *confianza*, pero también con toda *responsabilidad*: «Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios *Padre*

nuestro, de que debemos comportarnos como hijos de Dios» (S. Cipriano).

Decimos «Padre» nuestro con pleno amor filial. El Padre celeste nos ha elegido y amado desde toda la eternidad, y nos ha «predestinado a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea Primogénito de muchos hermanos» (Rm 8,29). Así nos ha introducido en la familia de la Trinidad divina.

«*Padre nuestro*: este nombre suscita en nosotros todo a la vez, el amor, el gusto en la oración... y también la esperanza de obtener lo que vamos a pedir... ¿Qué puede Él, en efecto, negara la oración de sus hijos, cuando ya previamente les ha permitido ser sus hijos?» (S. Agustín). Con la gracia que la caracteriza, Santa Teresa de Jesús (+), argumenta que si Dios ha querido hacernos *hijos suyos*, tendrá que cargar con ser *Padre nuestro* y obrar en consecuencia. Así le dice ella a Jesús: «Oh Hijo de Dios y Señor mío! ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra [del *Padrenuestro*]?... ¿Cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos? Que vuestra palabra no puede faltar, se ha de cumplir. Le obligáis [en el *Padrenuestro*] a que la cumpla, que no es poca carga. Pues *en siendo padre nos ha de sufrir*, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él como el hijo pródigo, nos ha de perdonar, nos ha de consolar en nuestros trabajos como lo hace un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en Él no puede haber sino todo el bien cumplido. Nos ha de regalar, nos ha de sustentar –que tiene

con qué—, y después nos ha de hacer participantes y herederos con Vos» (*Camino perfección* 44,2).

Decimos Padre «nuestro». Lo «nuestro» califica una realidad común a varios. El PN es, pues, una oración *eclesial*, propia de la familia de Dios, propia de todos los nacidos de Dios por la fe, por el agua y el Espíritu. Aun cuando lo rezamos a solas, estamos rezándolo en el nombre de toda la Iglesia. Y así como lo rezamos por toda la comunión de los santos, también oramos el PN con todos los hombres y por todos los que no le conocen aún, para que lleguen a «estar congregados en la unidad» (Jn 11,52) (*Catecismo* 2793).

«Que estás en el cielo». Al decir esto en el PN, recordamos que, puesto que somos hijos de ese Padre celeste, y hermanos de Cristo, el Adán celestial, nosotros somos «hombres celestiales» (1Cor 15,45-46), y que aquí en la tierra somos «peregrinos y forasteros» (1Pe 2,11; +1,17), nuestra vida está «oculta con Cristo en Dios» (Col 3,3). Y por eso «gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celestial» (2Cor 5,2).

* * *

Siete peticiones. Enseña el Catecismo: «El primer grupo de peticiones nos lleva hacia Él: ¡tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad!... Santificado sea, venga, hágase... El segundo grupo de peticiones atrae la mirada del Padre de las

misericordias: danos, perdónanos, no nos dejes, líbranos» [2804-5; citaré entre corchetes los números del Catecismo]. Y ese grupo primero de peticiones es el que hace posible el segundo: los cristianos, solamente después de haber alabado, bendecido y adorado al Padre nuestro celestial, «nos atrevemos» a pedirle pan, perdón, protección, liberación del pecado y del demonio.

–Santificado sea tu Nombre

Pedimos primero de todo nuestra santificación personal, pues precisamente el designio del Padre es que nosotros seamos «santos e inmaculados en su presencia» (Ef 1,4). «Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2). «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5,48). Efectivamente, Dios Padre «nos llama a ser santos» (1Tes 4,7). Y más aún: Cristo quiere que nuestra santidad santifique a muchos: «así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5,16).

«Pedimos nosotros que este Nombre de Dios sea santificado en nosotros por nuestra vida. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del Apóstol: “el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones” (Rm 2,24)» (San Pedro Crisólogo; omito las citas bibliográficas de los Padres que da el Catecismo).

–Venga a nosotros tu Reino

El Reino de Dios «se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la muerte y en la resurrección de Cristo, adviene en la última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. Y el Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva al Padre» [2816]. «Mientras esperamos la venida gloriosa de nuestro Salvador Jesucristo», ésa es la oración de la Iglesia: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20). Nuestro Señor Jesucristo, él mismo es el Reino de Dios entre los hombres.

«Las almas de los mártires invocan al Señor con grandes gritos: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?” (Ap 6,10). Los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor ¡apresura, pues, la venida de tu Reino!» (Tertuliano).

«Sólo un corazón puro puede decir con seguridad: “¡venga a nosotros tu Reino!”. Es necesario haber estado en la escuela de Pablo para decir: “que el pecado no reine ya en nuestro cuerpo mortal” (Rm 6,12). El que se conserva puro en sus acciones, sus pensamientos y sus palabras, puede decir a Dios: “¡venga tu Reino!”» (S. Cirilo de Jerusalén).

La batalla entre el Reino y el mundo es continua. Hasta entonces, hasta la victoria final de Cristo Rey sobre todos los pueblos, «toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas» (Vat. II: GS 13a). Así lo comprobamos cada día: «a través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de

las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final» (37b). Todo quedará finalmente sujeto a Cristo, hasta la misma muerte; y «Dios vendrá a ser todo en todas las cosas» (1Cor 5,28).

Hasta entonces, oramos insistentemente: «¡venga a nosotros tu Reino!».

–Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

-Es la oración misma de María y de su Hijo divino. «He aquí a esclava del Señor, hágase en mí según su voluntad» (Lc ,38). «No se haga [Padre] mi voluntad, sino la tuya» (22,42). El Apóstol nos dice que Jesús «se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios» (Gal 1,4). Y precisamente «en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a a oblación de un vez para siempre del cuerpo de Cristo» (Heb 10,10). Ésa ha de ser, pues, la petición principal de los hijos de Dios.

Pedimos así «discernir cuál es la voluntad de Dios» (Rm 12,2), libres de todo engaño procedente de apegos a nuestra propia voluntad. Pedimos fuerza y «constancia para cumplirla» (Heb 10,36), pues sabemos que sin Su ayuda ni podemos discernir la voluntad de Dios, ni tampoco cumplirla con fidelidad y perseverancia. Por eso pedimos: «hágase tu voluntad», etc.

Pidiendo que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, nos hacemos corderos en el Cordero inmolado, y coredutores del mundo, pidiendo y trabajando para que su voluntad se haga no sólo en nosotros, sino en toda la tierra.

«No se dice «que tu voluntad se haga» en mí o en vosotros, sino «en toda a tierra»: para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que el vicio sea destruido en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella, y que la tierra ya no sea diferente del cielo» (S. Juan Crisóstomo).

«Podemos cambiar estas palabras “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, por estas otras: «en la Iglesia como en nuestro Señor Jesucristo», «en la Esposa como en el Esposo, que ha cumplido la voluntad del Padre»» (S. Agustín).

Con esta petición suprema nos hermanamos con Cristo, que nos dice: «todo el que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mt 2,50). Y al rezar el PN o cualquier otra oración cristiana, tengamos en cuenta siempre que «no todo el que dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (7,21).

Ese... en la tierra como en el cielo parece que se refiere a las tres primeras peticiones, no sólo a la tercera: sea santificado tu Nombre, venga tu Reino, hágase tu voluntad.

–Danos hoy nuestro pan de cada día

-Confianza filial y total. ¡No consintamos en nuestro corazón pre-ocupación alguna! ¡Ofende a Dios no fiarse de su Providencia, es pecado! ¡Las pre-ocupaciones son malos pensamientos! No con-sintamos en ellas, aunque las sintamos. Tú, «ora et labora», pero no te preocupes de

nada: ni salud, ni economía, ni relaciones sociales, ni trabajos y obras que lleves entre manos, ni cuestiones afectivas, ni saber o no saber, ni éxitos o fracasos, ni soledad o compañía. Afírmate en la Roca, en amor omnipotente y providente: abandono absolutamente confiado en la amorosa Providencia del Padre de los cielos. Las preocupaciones son uno de los pecados que más ofenden el amor del Padre, indeciblemente solícito hacia nosotros. Equivalencia no fiarse de Él, a poner en duda su guía y protección, su atención y su amor.

El Padre cuida de flores y pajaritos, cuánto más de nosotros, a quienes ha hecho hijos suyos: él «conoce nuestras necesidades». Busquemos, pues, primero de todo su Reino en nosotros y en el mundo, y Él nos dará todo por añadidura, todo cuanto necesitemos (Mt 6,25-34).

-«Nuestro pan», el nuestro y el de los otros, especialmente el de nuestros hermanos necesitados, los pobres, los injustamente tratados por la sociedad (= por nosotros). Parábola del rico y de Lázaro (Le 16,19-31), anuncio del juicio final (Mt 25,31-46).

-Pedimos el Pan de trigo, la ocasión de trabajar y de ganarlo, las fuerzas y circunstancias para ganar el pan de cada día: pan y casa, escuela, medicinas y libros, tantas cosas que necesita nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Lo pedimos en plural siempre, para nosotros y para nuestros hermanos, especialmente pensando en los más necesitados y pobres.

-Pedimos el Pan de la Palabra, a veces tan escaso; lo pedimos para nosotros y para todos, pues «no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3; Mt 4,4). Hay un hambre continuo entre los hombres, «pero no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios» (Amós 8,11). Aunque no lo sepan.

-Pedimos el Pan eucarístico bajado del cielo, el Cuerpo mismo de Jesús (Jn 6,26-58). Nosotros, los humanos, buscamos primero de todo –con ansia y esfuerzo y preocupación– el pan material; pero Cristo nos dice: «procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da... Yo soy el Pan de vida... el Pan vivo bajado del cielo» (Jn 6,27.48-51).

Cristo «mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial» (S. Pedro Crisólogo).

«La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador, y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación» (S. Agustín).

-«Danos hoy, danos cada día» (Mt, Lc). El pan diario dánosle hoy. Vivir «al día» en lo material y en lo espiritual, no preocuparse por «el mañana: que le basta a cada día su afán» (Mt 6,34). Santa Teresita recibió sobre esta palabra luces muy preciosas:

«Dios me manifestó claramente [a los 17 años, al profesar como carmelita, en 1890], sin que yo me diera cuenta, el modo de agradarle y de practicar las más sublimes virtudes. He observado con frecuencia que Jesús no quiere darme nunca provisiones. Me alimenta instante por instante con un alimento recién hecho. Lo encuentro en mí sin saber cómo ni de dónde viene. Creo, sencillamente, que es Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobrecito corazón, quien obra en mí, dándome a entender en cada momento lo que quiere que yo haga» (Manuscritos autobiográficos VIII,2 = A76r). Vive día a día, minuto a minuto, de la gracia de Cristo, que vive en ella.

Así vivía San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,19-20). Aqueñ que, de este modo, no vive de sí mismo, sino que vive de Cristo, vive del Pan celestial que el Padre de los cielos le va dando «hoy, cada día»: el Pan de la gracia divina. Vive al día. El que no está en este mundo para ir realizando en él su propia voluntad, sino la voluntad del Padre de los cielos, que se le va manifestando y comunicando cada día, igualmente, vive al día.

«Al presente –confiesa Sta. Teresita– no tenga ya ningún deseo, si no es el de amar a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido... Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos: el amor es lo único que me atrae... Al presente, sólo el abandono me guía, no tengo otra brújula. Ya no me es posible pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios sobre mi alma, sin que las criaturas puedan ponerle obstáculos» (VIII,20 = A82v-83r). Vive al día, abandonada a la Providencia divina, sin planes ni voluntades ni deseos propios: suelta en Dios, dócil a su Espíritu.

–Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

-Como el hijo pródigo se vuelve a su padre, seguro de hallar en él perdón, nos volvemos a nuestro Padre celestial (Lc 15,11-32). Como el publicano, sin atreverse a levantar los ojos al fondo del templo (18,13), nos reconocemos «pecadores», siempre necesitados del perdón de Dios. Él «perdona nuestras ofensas» cada día, pues cada día pecamos. Se lo pedimos al Padre por Jesucristo, su Hijo, ya que en él «tenemos la redención, la remisión de los pecados» (Col 1,14).

-El perdón fraterno es tan importante para Cristo que lo enseña en el Sermón de la Montaña, síntesis de su evangelio (Mt 6,14-15; 5,23-24; Me 11,25) ¡y que lo incluye en el Padrenuestro! Y es que tenemos que «ser misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Y hemos de perdonarnos unos a otros como El nos

perdona cada día. No es posible amar si no se sabe perdonar. Sin el perdón pronto e incondicionado no es posible guardar la unión fraterna de la caridad...

Si Dios nos perdona deudas enormes ¿cómo nosotros no perdonaremos las pequeñas deudas que contraen con nosotros nuestros hermanos?. ¿Cómo puede tolerarse eso?... Es como para dar un gran castigo a ese siervo perdonado por su señor, y que no sabe luego perdonar a su compañero. «Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis cada uno de corazón a vuestro hermano» (Mt 18,23-35). Incluso a los enemigos hemos de amar y perdonar (5,43-44).

-Donar y per-donar. Eso significa dar y volver-a-dar. Dar y dar-más -y-más. Cuando pecamos rechazamos el don de Dios. ¿Y qué queda entonces? ¿Qué arreglo puede tener ese horror? No hay otra solución posible que el per-don de Dios. El don que le rechazamos por el pecado, nos lo vuelve a dar por su gracia paternal. Vivimos, pues, del don y del perdon de Dios. Continuamente.

-Perdonar con los mismos modos del perdón divino. Eso es lo que hace Dios-Amor con nosotros, y eso es lo que hemos de hacer nosotros, sus hijos. Dios envía el sol de su gracia y la lluvia de su ayuda «sobre malos y buenos», y eso hemos de hacer nosotros, si queremos ser sus hijos (Mt 5,43-48). ¡Nuestro modelo es Dios! Hemos de ser perfectos como Él, también en el arte de per-donar. «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos» (Ef 5,1). Perdonemos, pues

-ilimitadamente, setenta veces siete, diez mil talentos o cien denarios (Mt 8,21-34).

-de todo corazón, sin guardar consentidamente morbosas memorias rencorosas (18,35).

-sin alegar cuestiones de dignidad, de respeto, de autoridad: «a él le corresponde dar el primer paso» para la reconciliación, «que salga al menos hasta la mitad del camino, y yo le saldré al encuentro». No, no es eso. El Hijo divino-humano, despojándose de su prestigio divino, se abajó hasta la mayor miseria y humillación para perdonarnos (Flp 2,5-8). No salió a medio camino, sino que vino hasta nuestra misma miserable casa.

-rápidamente, instantáneamente, de tal modo que coincida la ofensa y el perdón (no andemos «gestando» el perdón durante nueve meses, hasta que, al fin, lo parimos). Más aún: que nuestro perdón preceda si es posible a la ofensa prevista, anticipándose con palabras o gestos oportunos, para evitar que aquélla se produzca. No dando lugar a ella, siempre alertas a guardar la unión de la caridad.

«Soportaos y perdonaos mutuamente, siempre que alguno diere a otro motivo de queja: como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros» (Col 3,13). «Sed unos con otros bondadosos y compasivos, y perdonaos unos a otros, como Dios os ha perdonado en Cristo» (Ef 1,32). Y tened mucho cuidado, pues «con la medida con que midiereis seréis medidos» (Mt 7,2).

–No nos dejes caer en la tentación

-No permitas, Padre, que nos pongamos en tentación. Por supuesto que «Dios ni es tentado por el mal, ni tienta a nadie» (Sant 1,13). Le pedimos que «no nos permita entrar en» la tentación, en el camino que lleva al pecado, pues nos sabemos inmensamente débiles. Que no nos deje ni siquiera aproximarnos al mal, atraídos por su fascinación, llevados por curiosidad morbosa. Y que si lo hacemos, «no nos deje caer» en el pecado.

-Las tentaciones-pruebas son necesarias para nuestro crecimiento espiritual, pues con ocasión de ellas realizamos, con la ayuda de la gracia, actos intensos, y éstos son precisamente los que nos hacen crecer en Cristo, y los que nos consiguen «una virtud probada» (Rm 5,3-5).

«No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito» (1Cor 10,13).

Pero las tentaciones-pecaminosas han de ser evitadas con absoluto empeño: «Probadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos hasta de la apariencia del mal» (1Tes 5,21-22).

-Saber reconocer las tentaciones del mundo, pues a veces estamos tan acostumbrados a ellas que ya ni siquiera nos parecen tentaciones. Terrible error: ver el mundo como un plano horizontal, neutro, en el que lo mismo se puede excavar un pozo hacia abajo, que construir una torre hacia arriba. Terrible error, hoy muy frecuente. El mundo no es un plano horizontal, sino que es un medio que está inclinado hacia el mal –en sus ideas y costumbres–. Y quien no

camina en él con sumo cuidado y bien agarrado al brazo fuerte de Cristo, rueda por la pendiente. «Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos» (Mt 10,16). «¡No nos dejes caer en la tentación!». Lo pedimos cada día, cada minuto, convencidos de que sin Cristo «no podemos hacer nada» (Jn 15,5).

-«Vigilad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil» (Mc 14,38). Cristo ha vencido al mundo y al Tentador, príncipe de este mundo (Jn 16,33). Y lo ha vencido desde el principio, ya en el desierto (Mt 4,11), y al final, lo vence definitivamente en su agonía última (26,36-44).

Continuas exhortaciones de Cristo a la vigilancia en este mundo (Mc 13,9.23.33-37; 14,38; Lc 12,35-40). Y de los Apóstoles (1Cor 16,13; Col 4,2; 1Tes 5,6; 1Pe5,8). Y vemos, sin embargo, tantos cristianos que caminan tranquilamente por el mundo como si no fuera un campo minado, sino un campo de hierba con florecitas.

La fe en Cristo nos da «la victoria sobre el mundo» (1Jn 4,4), y nos la da por la vigilancia. Esa vigilancia hecha de humildad, de conciencia de la propia debilidad, de atención a Dios: «estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento» (Mc 13,33). «Vigilad y orad, para no entrar en la tentación». Padre nuestro, «no nos dejes entrar en tentación», y levántanos, si caemos en ella por nuestra culpa.

—Y líbranos del Maligno

-Cristo lo pide por nosotros: Padre, «no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno» (Jn 17,15).

-«En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El diablo es aquel que se atraviesa en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo» [2851]. Es «homicida desde el principio, mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44), su estilo para tentar es siempre engañoso, escondido, sinuoso, con apariencia de bien. Es Satanás, «el seductor del mundo entero» (Ap 12,9).

«Toda la tierra seguía admirada a la Bestia. Adoraron al Dragón [Satanás] porque había dado el poder a la Bestia, y adoraron a la Bestia... que profiere palabras llenas de arrogancia y de blasfemia... y le fue otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y le fue concedida autoridad sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación. La adoraron todos los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde el principio del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado» (Ap 13,4-8). Pero «si alguno adora la Bestia y su imagen y recibe su marca en la frente o en la mano [en el pensamiento o en la acción, en ideas o costumbres], éste beberá del vino del furor de Dios, que ha sido derramado sin mezcla en la copa de su ira, y será atormentado con el fuego y el azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero, y el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos, y no tendrán reposo día y noche aquellos que adoren a la Bestia y a su imagen y los que reciban la marca de su nombre. Aquí está la paciencia

de los santos, aquellos que guardan los preceptos de Dios y la fe de Jesús» (14,9-12).

-«Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros, de los que él es autor o instigador. En esta última petición la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo» [2854]. Es lo que se pide en el embolismo que sigue en la misa al PN: «líbranos de todos los males, Señor... de todo pecado y perturbación».

José María Iraburu, sacerdote